

# Pluma y Lápiz



ESCOLTANDO EL MILLON

DE LOS GRANDES DIAS

## EL DIECINUEVE EN EL PARQUE

LA ZAMACUECA I OTROS EXCESOS



Terminando la Revista

Es el día 19, i estamos en el Parque.

Nuestra primera instantánea reproduce la despedida del Excelentísimo señor Riesco i sus secretarios de Estado, que ojalá no hubiera sido del lejendario paseo i con vuelta para el año siguiente... ya ustedes nos entienden.

Vése en primer término la carroza presidencial, sobre cuyo pescante se alza la imponente figura del auriga, fusta en mano, descollando por cima de las cabezas de sus ilustres pasajeros, los hombres del Gobierno. Cualquier malicioso creeria que se trata de un símbolo, pero no es así.

Mas allá la sucesion de mástiles oblicuos de las bayonetas de los soldados, que pasan en correcto desfile ante el jefe de la nacion, señor don Juan Luis... señor don Jerman Riesco. I luego, cerrando el cuadro por el fondo, la compacta fila de curiosos, respaldados por una formidable escuadra de carruajes, que presencian la revista, sin advertir que están en revista ellos mismos, empero sin bayoneta, o con la bayoneta oculta.

Es en verdad un momento interesante éste que han atrapado con los lentes de su máquina, verdaderas armas de precision, nuestras avanzadas de fotógrafos, destinándolo a la prision de estas pájinas donde seguramente lo verán con agrado los lectores de provincia.

Pero, apartemos la vista de la etiqueta oficial (con banda de tres colores, como la de los vinos Sanfuentes) i fijémosla en los regocijados cuadros de cueca, palmas folkloristas que hablan a grandes voces el pintoresco lenguaje popular.

*Salieron feos, co-*



De punta i taco i con tamboreo i huifa!

mo dirían nuestros granujas, los que creían que el Dieciocho de este año iba a resultar una cataplasma con la ausencia de fondas i chinganas en que se zapateara por todo lo bajo i se empinara el codo por todo lo alto. Gracias al señor Matte Pérez, que vela celosamente por la conservación de los hábitos



En parada de cueca

populares, la samacueca, como siempre por estas fechas, ha hecho furor.

—¿Suprimir la zamacueca? se dijo el señor Matte; no será mientras yo sea Ministro. A mí me gusta ver contento a todo el mundo, comenzando por mi familia. Prefecto, funcionamiento i consumo libres a fondas i baya! I vaya usted a ver que se cumpla la orden.

Tan bien se cumplió, que a estas horas, desde los ca-

labozos de la sección de detenidos i desde las celdas de la cárcel, de centenares de bocas se eleva un murmullo de gratitud que irá a acariciar dulcemente los oídos del señor Ministro.

La cueca recobró, pues, sus fueros inalienables, i bien lo acusan así nuestras instantáneas, como que, a poco que uno se empuña, siente el alborotador rasgueo del arpa, los gritos de las cantoras, el tañido sonoro del que gana las *tres mitás*, el taconeo de los bailarines i las vociferaciones de los que animan la cueca.

—Cómetela, diablo!

—Ofrécele los charoles!

—Voi a la polla!

—Huifa, rendija! Ahora, malazo, te rajo el refajo de arriba hasta abajo!

¿Verdad que esto es para enardecer la sangre? I es la alegría de nuestro pueblo.



Afueras del Parque

Pues bien, lo que están haciendo las autoridades para cada Dieciocho—restar poco a poco, hasta suprimirlas, las diversiones clásicas del pueblo,—nos recuerda lo que ocurría en tiempos de la buena Catalina de Médicis, i que ésta sintetizaba en su célebre frase:

«¿Qué el pueblo no tiene pan? Pues que coma pasteles.» Cualquiera día va a salir un alcalde mas o ménos *catalino*, que despues de no dejar tocar pito al pueblo en nuestras grandes fiestas, salga con una por este estilo: ¿Qué el pueblo no tiene cueca? Pues que baile *pas de patineurs*.

Lo que no es lo mismo, precisamente.

MR. KOOKA

